

LA VIDA DE LOS LIBROS

"Un hombre en la trampa (Gogol)". por Claudio Giacconi. Ensayo psicográfico. Editorial Zig-Zag, 1960.

★ CON QUE ávida pasión y limpia desenvoltura de ademanes se mueve entre los rusos el autor de este "ensayo psicográfico". Dijérase que se trata de un esclavo. El abismo lo seduce. Y abisma contemplarlo. No es, precisamente, "del linaje de aquellos que de lo oscuro a lo claro aspiran". Goethe se halla lejos de constituir uno de los modelos de su espíritu. Sus modelos son Gogol, Dostoievski; el "otro par de ojos", el "hombre del subsuelo". Podría comparársele a Colin Wilson; pero el "outsider" de este último representa otra cosa. A la larga, del "disconforme" sólo queda una construcción más o menos erudita, un hábil rastreo de textos, una inteligente ilación de actitudes artísticas. En Wilson los estremecimientos están adheridos a las pigmentaciones del papel; el orden de la angustia (tan natural y desconcertante en el "Gogol") no corresponde sino a meditados golpes de batuta. Y, con todo, falla la unidad orgánica de la tesis. El conjunto se expresa más por el esfuerzo del autor que por la persistencia de un designio propio.

■ No obstante, dejémos a Wilson y volvamos al "caso" que encarna el escritor chileno. Singular resolución. Un chileno, un meridional por donde se le mire —sus abuelos paternos eran italianos—, un hombre absolutamente infestado por el "pathos del Sur", decide consagrar sus horas a la exploración del alma de un ucraniano del siglo XIX que vivió atormentado, y atormentando a otros, ante el fracaso de la autognosis. En apariencia, un decisión un tanto exótica. ¿Qué decir acerca de Gogol luego de las páginas que le han dedicado diversos autores europeos, entre los cuales no son escasos los rusos? Mirada como aspiración, la tentativa de Giacconi parecía expuesta a los mayores peligros. Inclusive el del ridículo. Sin embargo, he aquí, ahora, el resultado. Cuesta convenirse de que el autor ha nacido entre nosotros. Uno se lo imagina, con mayor precisión, habitando en regiones próximas a Rusia; lector ferviente de Chestov, espíritu poseído de un extraño aliento metafísico.

■ Las notas puestas al margen de "Un hombre en la trampa" nos sirven de bien poco para traducir, como es nuestro deseo, la sustancia mental de que se encuentran cargados todos los capítulos del libro. En la primera parte de su volumen, el ensayista observa y explana, con eficaz instrumentalismo de estilo, el paso de la historia a través de la "circunstancia Gogol". Y surge de ella el panorama de un tiempo que prefigura las contradicciones del nuestro, distinguiéndose especialmente la vivacidad con que el "mundo ruso" busca el espejo del Occidente para concluir en que las imágenes que de éste brotan no constituyen sino deformadas siluetas del hombre en la superficie de las grandes estepas.

Dada la pericia con que el autor describe los hechos que componen el nudo de su estudio psicográfico, viene a resultar una ligereza, inexplicable a nuestro entender, la atenuada severidad que aplica en la revisión de los juicios eruditos de que ha echado mano. A menudo salpican sus páginas expresiones como: "Decía bien Montégut..." o "Tenía razón Weidlé..." Sin que el detalle aludido sig-

nifique un regaró de fondo al método, con ello cueremos poner de manifiesto el problema que entraña movilizar el vasto aparato de la erudición al margen de una crítica exigente. Los textos suelen engañar y mucho más suelen engañar las citas.

■ Empero, la segunda parte de "Un hombre en la trampa" llega a procurarnos el olvido de cualquier menudencia como la apuntada. El concepto de la "doble vista" u "otro par de ojos", que se nos ofreciera en Ches-



tov, es uno de los medios esenciales de que se vale Giacconi para testimoniar el irrecusable influjo de Gogol en el arte, la literatura y el pensamiento del siglo XX. Una síntesis aproximada de sus ideas, abonadas por las disquisiciones sorprendentes del "hombre del subsuelo" de Dostoievski, cabe en las líneas que siguen: Rusia estará siempre mirando hacia el mundo occidental; la "troika" de Gogol y la "locomotora" de Thomas Wolfe libran una carrera desatada cuyo resultado nadie puede predecir; la iglesia cristiana de Oriente se levanta para rescatar el legado de Cristo; el mito del nacionalismo impulsa el destino de los pueblos que quieren no tan sólo subsistir, sino alcanzar el gigantismo de Occidente, etc.

■ Tal estado de cosas, visto a través de la vida y la obra de Gogol, da oportunidad para que, finalmente, el autor exponga sus dudas, sus temores y esperanzas en un poema de rara elaboración, que es como la apoteosis o la crisis última del espíritu de nuestra época.

L. SANCHEZ LATORRE